

FIGURAS DE LA SAGRADA ESCRITURA.

Es muy peligroso despreciar los buenos consejos, y suele ser origen de muchas desgracias. Los ángeles, que se aparecieron á Lot, le dieron el buen consejo de salir de Sodoma con su familia y sus futuros yernos, sin volver la vista atrás; pero, habiéndose burlado éstos del aviso de Lot, perecieron en la comun ruina. La esposa de Lot, por haberse vuelto á mirar la ciudad, infringiendo el consejo de los ángeles, fué convertida en estatua de sal. El mismo Lot, por no haber subido al monte, segun el consejo de los celestes mensajeros, quedándose en una cueva al pié del mismo, pecó con sus hijas. GENESIS, CAP. 19.

Ruben, propuso á sus hermanos, abstenerse de toda tropelia contra el comun hermano José, y devolverle á su padre; pero despreciaron su consejo, y despues, ellos mismos, afligidos por sus angustias, reconociendo su pecado, decian: *Merito hæc patimur, quia peccavimus in fratrem nostrum.* GENESIS, CAP. 42.

Roboam, desatendiendo los prudentes consejos de los ancianos del reino, dió oídos á las desacertadas máximas de los jóvenes compañeros suyos; el resultado fué perder diez tribus de las doce que formaban sus estados. III REG. CAP. 12.

Holofernes, despreciando el consejo de Achior, quiso burlarse del poder de Dios, sitiando á Betulia; y pagó su soberbia y presuncion, siendo decapitado por la célebre Judith. JUDITH. V Y XIII.

AUTORIDADES DE LOS SANTOS PADRES.

Advertendum, quod in acquirendis consiliis plurimum valet vite probitas, virtutum prærogativa, facilitatis gratia. S. AMBROS. LIB. 2 DE OFFIC.

Talis debet esse, qui consilium dat: ut seipsum formam aliis ad exemplum bonorum operum exhibeat in doctrina, in integritate, in gravitate. IDEM. IBID.

Quid tibi prodest habere sapientiam, si consilium neges? Si consulendi copiam includas, clausis-

No olvidemos, que al tomar consejos, vale mucho tomarlos de un hombre honrado, dotado de virtudes y del don de acierto.

El que dá un consejo, debe ser tal, que sirva á otros de ejemplar por sus buenas obras, por su doctrina, por su conducta y gravedad.

¿De qué te aprovecha la sabiduría, si te niegas á dar consejos? Si cierras la puerta á los que te lo

ti fontem, ut nec aliis influat, nec tibi prosit. IDEM. IBID.

Consilium omne (bonum) à Deo est, à quocumque proficiscatur.

S. AUG. LIB. 1 DE DOC. CHRIST.

Dare stulto consilium charitatis est; dare sapienti, ostentationis; dare vero tempore perversitatis, sapientiæ. S. GREGOR. IN MORAL.

Consilium quippe imitari negligit improvidus, sapientiam vero ille quærit in altero, penes quem est scientiæ magnitudo. CASSIAN. PART. 2, LIB. 3, EPIST. 4.

piden, inutilizas el manantial de tus conocimientos, que no aprovechan ni á tí, ni á los demás.

Todo buen consejo procede de Dios, venga de donde viniere.

Es obra de caridad, dar consejo á un ignorante; de ostentacion, darlo á un sabio; de sabiduría, darlo á uno que vive en la maldad.

El hombre descuidado, desdeña seguir el consejo; mas el prudente, busca un acertado consejo en otro, que esté dotado de gran sabiduría.

CONSUELOS.

Non contristemini sicut et cæteri qui spem non habent.

No os entristezcais del modo que suelen los demás hombres, que no tienen la esperanza.

(1 Thessal. IV, 12.)

Hay una doctrina especial, que no la enseña el mundo, ni la ha enseñado jamás: esta doctrina, es la siguiente: esperar en el Señor, poner en su infinita bondad toda la confianza, y nunca dudar de su justicia, aún cuando el hombre se vea rodeado por todas partes de infortunios, y abrumado con el peso de la adversidad. Por esto, los

mundanos carecen de valor y dignidad, para sobrellevar los rudos embates de la desgracia, cuando se sienten heridos por su dura mano. La pérdida de una considerable fortuna, la de un amigo, cualquiera otra desgracia, abre en sus corazones una profunda herida, para la cual no encuentran bálsamo alguno. Los justos, al contrario; persuadidos íntimamente, de que nada en el mundo sucede sin una disposición providencial, y que Dios, ora nos pruebe con las adversidades, ora nos halague con la prosperidad, siempre se manifiesta padre amoroso y solícito del mayor bien de sus criaturas, sufren con una santa resignación; y ésta templada y suaviza el dolor que nos causan las penas y contratiempos. Los dolores en la tierra son muchos; las tribulaciones, muy frecuentes y amargas; unas, porque las envía Dios, para castigo de nuestras culpas; y otras, porque las permite para nuestro mérito; por esto, nos interesa á todos saber, cómo debemos proporcionarnos los consuelos entre las tribulaciones y adversidades; y á este efecto, voy á demostraros, que únicamente Dios puede suministrarnos un bálsamo para nuestras llagas, lenitivos para nuestros dolores, y consuelos para nuestras tribulaciones y adversidades.

Dios de toda consolación, comunicadme vuestras santas luces, para que acierte á explicar á mis oyentes, la liberalidad con que colmáis de dulzuras las almas, que acuden á vos en sus aflicciones. Os lo pedimos por la mediación de la que es también Madre de los afligidos. A. M.

1. La tribulación es el pan de la vida, y todos, sea cual fuere nuestra condición, hemos de devorarlo en el fondo de nuestra misteriosa existencia. Rotos por el pecado original los nobles é íntimos vínculos, que había entre Dios y el hombre, y entre el hombre y las demás criaturas, que, como rey de la naturaleza, le habían sido sometidas, nótese un lamentable desconcierto en las relaciones, que median mutuamente entre los hombres, y en las que habían de dirigir nuestras facultades, para cumplir en la tierra con el destino que el Criador nos ha impuesto y señalado. Bajo el primer aspecto, se explican las antipatías, los odios, las guerras; y bajo el segundo, se comprende bien esa singular tristeza, que, por punto general, domina á nuestro espíritu, aún en los momentos en que se nos tiene por felices; de lo cual se desprende, que las tribulaciones ó adversidades son siempre, de un modo ó de otro, el resultado de la culpa, y el agua amarga, con que está amasado el pan de nuestra degradada existencia.

Sentado este principio, único que explica la condición actual del hombre, fácil es ya deducir, que en las tribulaciones y adversidades, no debemos buscar los consuelos sino en Dios. Sea que como padre irritado, nos someta á las duras pruebas del infortunio, ó como amante dueño, se complazca en que le demos testimonios de nuestra fidelidad en medio de los peligros, lo cierto es; que únicamente Dios puede proporcionarnos las dulzuras, aplacándose por la paciencia y constancia con que soportamos sus amorosos desvíos, ó por las lágrimas con que humedecemos la cadena de la adversidad merecida. Este es el único origen de consuelos para las almas atribuladas, las cuales deben recurrir incesantemente á Dios, para no ahogarse en el hondo mar de sus penas. Por esto decía Jacob: yo dirijo mi oración á Dios, que alcanza á los humildes y consueta á los tristes: *Ego deprecor Dominum, et ad Deum ponam eloquium meum... qui ponit humiles in sublime, et mærentes erigit sospitate.* Job. v, 8 et 11. S. Pablo añade, que Dios no nos somete á pruebas superiores á nuestras fuerzas, sino que en ellas nos ayuda; y que de sí mismo podía asegurar, haber experimentado consuelos tan grandes, como las tribulaciones: por lo cual, aunque padeciese, jamás se angustiaba: *In omnibus tribulationem patimur, sed non angustiamur.* II Cor. iv, 8. Estos son los verdaderos consuelos, y no hay que buscarlos en otra parte.

Con efecto; ¿dónde, sino en Dios, ha de buscarlos la criatura afligida? ¿Los buscará en los amigos? pero ¿qué podrán éstos decirle, que sea capaz de mitigar sus penas? Le dirán, tal vez, que el tiempo lo remediará todo. ¡Ah! ¡cuán ineficaz es, en las grandes adversidades, ese consuelo del tiempo! ¿Acaso el tiempo no trae consigo nuevos infortunios? ¿No renueva la idea de los anteriores? Y este recuerdo es terrible y cruel, puesto que vuelve á abrir las llagas, que en un momento de tranquilidad habían empezado á cicatrizar; reproduce los dolores, que en un momento de alivio habían permitido alguna tregua; y la sangre, mal restañada, brotando de nuevo con mayor violencia, redobla la amargura, aumenta el sufrimiento, despierta las pasiones, enciende el despecho, é induce á la desesperación. ¿De qué servirá al que se lamenta de la pérdida de un esposo, ó de un padre, que algun amigo le recuerde la fragilidad de la vida, y la inflexibilidad de la muerte? ¿Mengüará con esto la intensidad del dolor, que le causa la memoria de tan caros objetos? ¿De qué servirá, al que se halla sumido en la indigencia, por haber sufrido en sus intereses una quiebra irreparable, que un amigo le hable de la inconstancia de la fortuna, ó de la caducidad

de los bienes terrenales? ¿Acaso estos, podrá decirle el desgraciado, son ménos necesarios para la vida? Todos los recursos de que pueden valerse los amigos, son vanos é impotentes para dar consuelo al que sufre. Job decia, con razon, que los amigos, aún los más íntimos, son, por lo comun, consoladores onerosos.

¿Esperará tal vez el afligido, hallar algun consuelo en las delicias mundanas? Iré, decia Salomon, iré á hartarme de delicias y de bienes. Pero..... ¿y qué? ¿se satisfará mi alma? ¿Se mitigará mi dolor? ¿Se disminuirá mi pena? Nó, mil veces nó: porque todo es vanidad. Las angustias del corazon pertenecen al órden moral más fino y delicado; y de tal manera hieren nuestra sensibilidad, que no se remedian ni con placeres, ni con medio alguno de los que el mundo puede ofrecernos. Quizá al mismo tiempo en que se entrega al placer para disminuir su dolor, principia éste á tomar intensidad, y á serle más duras y amargas sus penas. La espada de la tribulacion penetra, en los que se entregan absolutamente al placer, mucho más que en los otros, y con su acerada punta les pone un activo veneno en lo más delicado de sus entrañas.

Solo Dios puede colmar de consuelos á los corazones atribulados. La religion, dice al desgraciado: «Llora en buen hora; empero, no sea tu afliccion como la de aquellos, que ninguna esperanza tienen para lo porvenir. Arrójense éstos al abismo del dolor; para ellos, no hay consuelo, ni confianza. Pero tú, que eres cristiano, reconoce en Dios el origen de tus males; resignate en un todo al órden providencial, que rige y gobierna los destinos prósperos y adversos; sufre como justo; invoca á Dios, que siendo nuestro Padre, no puede ménos de mirarnos con ojos compasivos, y él levantará la mano que te castiga, ó te enviará consuelos en proporeion de tus aflicciones.» Si el alma atribulada, fortalecida con estas palabras, acude á Dios con confianza, Dios se verá en cierto modo obligado á prodigarle consuelos. «Con toda mi voz, dice el real Profeta, con toda mi voz clamé al Señor, y me escuchó. Mi alma no acertaba á encontrar consuelo; me acordé de Dios, y Dios me consoló.»

José se vió perseguido por sus hermanos, que, dominados por la más repugnante envidia, trataron de perderle; pero puso su confianza en Dios, y el Señor le dispensó consuelos superiores á las angustias, que devoraban su corazon, y á los rigores de la adversidad, á que estaba sometido. Sus propios hermanos le odiaban, pero en cambio, el rey de Egipto le dispensó todos los favores de la amistad. Hubo de soportar las amarguras del destierro; mas en breve, su engrandecimiento y su gloria le hicieron olvidar su pena. Una mujer

licenciosa le quitó el manto para presentarla como prueba de un delito, que el virtuoso jóven no quiso cometer; mas al poco tiempo, el rey le hizo vestir una túnica de finísimo hilo para presentarle á su pueblo. Sujetos estaban con cadenas los piés de José, que habia echado á correr para no sucumbir á los depravados deseos de su señora; en cambio, Faraon le condecoró despues con un collar de oro. Fué objeto de desprecios y baldones por un crimen, que no habia cometido; pero en compensacion, obtuvo luego una autoridad casi ilimitada, en virtud de la cual le adoró todo el Egipto. ¿No os admira tanta gloria al lado de tanta tribulacion? Pues acudid á Dios en las tribulaciones; y tambien os consolará á vosotros, como consoló á José; como consoló á Jacob, á Moisés, á Elías, á Job, á Tobias, á Ezequiel, á los jóvenes del horno de Babilonia, á los Apóstoles, y á cuantos han buscado en él un lenitivo para su dolor.

No busqueis, pues, en el mundo, un lenitivo para vuestro dolor, porque el desengaño vendria á hacerlo más amargo; levantad vuestros ojos al cielo; decid á Dios: Señor, vos que colmais de consuelo los corazones atribulados, y á los pobres que padecen; mitigad mis penas; y bien pronto os sentireis consolados. Si, acaso, sucumbe vuestro corazon á los disgustos que le causa un compromiso, que viene á convertirse para vosotros en un martirio cruel, ó en una interminable servidumbre, acudid al Padre de las misericordias; Dios no ha llamado bienaventurados á los que lloran, sino porque se cree como obligado á consolarlos, cuando en él depositan toda su confianza. Si vuestro cuerpo puede apenas sobrellevar dolencias habituales, que le hacen intolerable una vida, que mas puede llamarse muerte continuada, haciéndoos ver á cada momento la tumba abierta á vuestros piés, dirigios á Dios; su infinita bondad y su inagotable misericordia, llevarán á vuestra afligida alma la esperanza y el consuelo.

2. No olvideis, empero, amados oyentes, que el cielo solo rasga las nubes de sus consoladoras aguas para los que esperan en él; para los verdaderos penitentes, que lloran sus extravíos; para los débiles, que ponen su confianza en Dios; para los que gimen, reconociendo sus imperfecciones; para los humildes, que por considerarse indignos de todo, se hacen á todo acreedores; y para los que aman á Jesucristo, como único bien que temen perder, y única felicidad que aspiran á gozar. Sobre estos, derrama el Señor los divinos consuelos, y su corazon se encuentra, á veces, como anegado en un torrente de delicias, que, si no hubiese de llegar á todo su complemento en el cielo, podríamos decir, que ya gozaban la gloria en la tierra.

Más, para los que no temen á Dios, para los que buscan las alegrías mundanas, no hay consuelo divino. No podemos recibir á un mismo tiempo los consuelos del mundo, y los de Dios. Aunque no siempre son las tribulaciones un efecto del pecado de quien las padece, sin embargo, consideradas en general, ó son pena del pecado, ó consecuencia del pecado. Cuando, pues, se trata de buscar para ellas un consuelo, hay que dirigirse á aquel á quien toca, por soberano derecho, el perdonar las culpas; hay que detestar lo que él detesta; hay que invocar su misericordia; y solo recurriendo á él arrepentidos, y resueltos á hacer siempre su voluntad santísima, podemos esperar los favores de su infinita bondad.

El hombre no tiene, por sí solo, fuerzas suficientes para hacerse superior á los duros embates del infortunio. Natural es, que en la tribulacion, busquemos consuelos; pero ¿dónde hemos de buscarlos? ¿Hemos de cifrar nuestra fe y nuestra esperanza en Dios, ó hemos de ponerla en las criaturas? En nuestros dias, para nada se cuenta con Dios, ni para temer su justicia, cuando le irritamos, ni para confiar en su bondad, cuando padecemos. El mundo absorbe todas nuestras atenciones de un modo exclusivo; somos tan locos, que cambiamos por una gota de veneno, que el mundo nos suministra, el torrente de consoladoras delicias que el Señor puede enviarnos. De aquí, se originan tantos tédios, que inundan de amargura aún á las almas mejor dispuestas, tantos actos de desesperacion, tantos atentados contra la propia existencia. No, amados míos; no pidais consuelos á quien no puede dároslos. No vayais á las cisternas que no tienen agua para templar vuestra sed. Cuando la adversidad os oprime con su mano de hierro, y agobia vuestro cuello con la pesada carga del infortunio, elevad vuestros ojos al cielo, recurrid á Dios, y confiad en la omnipotencia de su mano, y en la paternal generosidad de su corazon. Haciéndolo así, experimentaréis inefables consuelos, al mismo tiempo que pese sobre vosotros el yugo de la adversidad.

Mitigad, Dios mio, las penas de cuantos padecen. Vos habeis llamado felices á los que lloran, y no lo habeis dicho, sino porque os creéis como obligado á prodigarles consuelos. Vos permitis nuestras tribulaciones, porque quereis quitarnos el peso de las cosas de la tierra, que nos impide levantar nuestras almas, nuestros pensamientos, y nuestros deseos hácia vos, único bien, que puede hacernos felices. Haced, pues, que los infortunios arrojen de nuestro corazon lo que, en algun modo, os impide de hacernos experimentar todas las dulzuras de vuestros paternas y divinos favores. Sed nuestro único

consuelo, en este lugar de miseria y de quebranto, y nuestra felicidad en el cielo. Amen.

CONSUELOS DE LA RELIGION

EN LA MUERTE DE LAS PERSONAS QUE AMAMOS.

Domine, salva nos, perimus.

Señor, sálvanos, que perecemos.

(*Matth. viii, 25.*)

Este grito de angustia, proferido por los Apóstoles, próximos á perecer entre las irritadas olas del mar, y el temor de la muerte, que con él manifestaban, eran tal vez disculpables. Verdad es, que entónces Jesús habia obrado ya el milagro de las bodas de Caná, y habia curado al leproso; pero, por otra parte, sus discípulos empezaban apenas á creer en él; esta creencia no habia echado aún profundas raíces en su corazon; y el temor instintivo de la muerte, es de suyo tan poderoso, que les hizo olvidar, que estaban bajo la proteccion de un maestro, cuyo poder sobrenatural se les habia revelado manifiestamente con grandes milagros de bondad. Sin embargo, Jesucristo les reprende su temor, diciéndoles: ¿por qué temeis, hombres de poca fe? Ahora bien; si Jesucristo reprendia á los Apóstoles por su poca fe, cuando aún no habia sellado sus promesas con la expiacion y la muerte del Calvario; cuando aquéllos no habian aún aprendido á considerar la muerte, como el dia de la verdadera libertad, como la aurora de la felicidad eterna; ¿con cuánta más razon, pudiera el Salvador acusarnos de poca fe á nosotros, los cristianos, que tanta pusilanimidad mostramos al menor peligro de nuestra vida, y que con tales extremos de dolor y desesperacion, lloramos la muerte de las personas, en quienes tenemos depositado nuestro afecto? No vengo,

hermanos míos, á predicaros una dura insensibilidad, contraria á los sentimientos de mi propio corazón; pero, sí, me propongo presentar á vuestra fe, á vuestra razón, y á vuestras meditaciones, algunas reflexiones sobre el modo como debemos proceder en la muerte de nuestros prójimos, y la clase de consuelos que debemos buscar en tan aflictivas circunstancias. Imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

1. Del Señor, y no de los hombres, es de quien debemos esperar el alivio de nuestro dolor. Toda aflicción inmoderada, es contraria á la razón y á la fe: á la razón, con respecto á aquellos, que no creen en la felicidad que nos espera en la otra vida; á la fe, con respecto á los fieles cristianos; porque, como nos dice el Apóstol, *los cristianos no deben contristarse, como los que no tienen esperanza.* I THESSAL. IV. Entre todas las desgracias á que el hombre está expuesto en este mundo, las más sensible para él, amados hermanos, es la muerte de sus prójimos, porque le recuerda eficazmente, que él también ha de morir; y porque la pérdida de los que mueren, es, aquí bajo, irreparable. Todas las pérdidas, excepto las que nos causa la muerte, son más ó ménos reparables. No hay pena alguna, que no mitigue la esperanza; la esperanza, que nos ayuda á soportar la desgracia, y que, cuando todo nos abandona, queda sola á nuestro lado para darnos consuelo y aliento. El comerciante, llevado del deseo del acrecentamiento de su capital, se ausenta por mucho tiempo de su patria, donde deja sus más tiernos recuerdos y afecciones; pero espera regresar á ella algún día. El labrador, deposita á costa de grandes trabajos y sudores, las semillas en la tierra; pero espera recobrarlas centuplicadas, al tiempo de la siega. El enfermo, gime postrado en el lecho del dolor; pero espera recobrar más ó ménos tarde la salud perdida. Todos, pues, esperan en la tierra, y con la esperanza, olvidan, en parte, los males y pesares que les afligen. *Pero el que baja al sepulcro no sube de allí: ni volverá más á su casa, ni le verá más el lugar donde habitaba.* JOB. VII. Así, pues, cuando la muerte nos arrebatara alguna persona, con quien estamos unidos por los vínculos de la sangre ó de la amistad, tenemos que renunciar á toda esperanza de volverla á ver, según la naturaleza. De aquí es, que los que creen, que para el hombre todo acaba con la vida presente, no pueden hallar consuelo alguno cuando reciben uno de esos terribles golpes, que hieren su corazón. Con efecto, figuraos, que uno de esos hombres, dotado de sensibilidad, pierde una esposa querida, ó un hijo, que hacia todas sus delicias: ¿qué recursos hallará en su alma para aminorar el peso de su desgracia? ¿La resignación? No, porque

esta consiste en la sumisión á la voluntad de Dios, y el alma contaminada por la impiedad, no se somete á los decretos de un Dios á quien no reconoce. Por el contrario, el alma cristiana, aún en medio de las mayores angustias y tribulaciones, encuentra siempre algún consuelo; consuelo emanado de la confianza que tiene, de que la esposa, el hijo, el padre, ó el amigo, que ha perdido, goza de una felicidad infinitamente superior, á la que podía disfrutar en la tierra. Pero esta confianza nace de la fe; y el alma, que se ha acostumbrado á no ver ni esperar nada más allá del sepulcro, no cree en las promesas de la fe.

¿Qué medio le quedará, pues, amados hermanos, al que carece de cristiana esperanza para calmar la agudeza de sus dolores? Quédanle los consuelos de la razón humana; ésta, empero, condena también la aflicción inmoderada. Mientras mi hijo vivía, dirá una madre para consolarse, lloraba yo con la esperanza de conservarlo; mas ahora, que ha muerto, ¿podré acaso volverle á la vida con mis lágrimas? Los amigos procuran consolarnos con mil vulgaridades, sacadas de las consideraciones humanas. La muerte, nos dicen, es una necesidad común á todos los hombres; la desgracia, que nos aflige, ha sucedido á muchos otros; no debemos contar con la vida de nuestros prójimos, más que con nuestra propia existencia; es preciso tener valor, y soportar con entereza los males, que no se pueden remediar: el sacrificio es grande; pero ¿qué otro remedio queda? Los suspiros y las lágrimas no dan la vida á los que han dejado de existir. Todas estas reflexiones, son, en realidad, muy conformes á la sana razón: son otros tantos lugares comunes, con que podemos fácilmente consolar á los demás, cuando nosotros estamos libres del dolor, que á ellos les devora. Pero, ¿es tan fácil ser consolado, cuando la razón habla tan solo á la razón, sobre todo, si ésta se halla extraviada por efecto de un sentimiento profundo y apasionado? No; porque sobrecitado este sentimiento, el hombre que no tiene fe, nada escucha; solo piensa en la persona querida, que acaba de perder, y se entrega enteramente á su dolor, que parece ha de ser eterno.

¿Cuán triste es, pues, hermanos míos, la suerte del que carece de esperanza! Cuando la muerte le arrebatara los objetos de su cariño, la razón sucumbe en él bajo el peso del dolor: en su desesperación, quisiera conservar á su lado los restos inanimados, que ya no forman un ser humano, y al separarse, por fin, de aquellos mortales despojos, todo queda para él sepultado bajo la tierra que los cubre. Ni aún el dolor sobrevive en él mucho tiempo á la pérdida de la persona amada: olvida, más bien que se consuela; porque no hay verdadero